



Noche, José Antonio López Martínez

Miguel Ángel García. *Un aire oneroso. Ideologías literarias de la modernidad en España (siglos XIX-XX)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.

Desde algún lugar a la intemperie

ANTONIA MARÍA MORA LUNA
Universidad de Granada

Se entiende que escribir una reseña no es más que dar noticia de una obra, ya sea científica o literaria. Sin embargo, dedicar la atención y el sucinto espacio físico que ofrece este tipo de género menor a tan sólo unos pocos aspectos destacables del texto -aspectos que al lector en cuestión le parecen reseñables-, no es tarea fácil ni banal, pues son muchos los motivos e ideas que pudieran ser puestos en relieve al posible lector y muy pocos los que se podrán manifestar. Conscientes entonces de las limitaciones de estas palabras que ahora se precipitan, sí podemos comenzar nuestro decir sobre lo ya dicho en la obra *Un aire oneroso. Ideologías literarias de la modernidad en España (siglos XIX-XX)* de Miguel Ángel García.

La producción que le es propia al ámbito de lo literario y, por extensión, la producción cultural en general, jamás debiera ser explicada sin perder de vista el momento histórico, social y económico. en que fue creada. Lo que es lo mismo, sin dejar de atender al mal llamado contexto en que se gesta. Cualquiera otro tipo de lectura de lo literario siempre nos parecerá -sin pretensiones de adjuntar demasiados atributos- sesgada e incompleta. Tampoco es que este “ejercicio de fe” para algunos en la interpretación del arte de las palabras presuponga la invalidez de otras aportaciones teóricas explicativas; ni tan siquiera se ha matado al autor, ni al genio kantiano con una lectura sociológica, tal y como alguna vez se ha afirmado. El texto, además de contar la propia *verdad* del sujeto/autor, también manifiesta la *verdad* del resto de los sujetos de la historia en la que se construye. Lo que sí es cierto es que en el trabajo del profesor García sobre la modernidad literaria en España, es decir, en la lectura que el autor hace de “ilustrados, románticos, realistas, regeneracionistas, institucionistas, *modernistas* en sentido amplio, *intelectuales* del 14 (en la acepción que da a este término Marichal), incluso vanguardistas y poetas del 27” (pp. 40-41), no caben ni ahistoricidades, ni tampoco visiones esencialistas del hecho literario como discurso ideológico. No al menos para explicar con fortuna la producción literaria de la modernidad, inaugurada cuando lo que se entiende por burguesía y capitalismo llegan a España. La literatura es concebida entonces como un discurso radicalmente histórico y como tal va a ser explicado.

El poeta, que fue desterrado del paraíso divino, se convierte en mortal y su producción en mercancía. El paso de una ideología feudal a la ideología capitalista provoca que la burguesía se vea necesitada de un aparato cultural legitimador, por lo que el intelectual y su obra tampoco podrán escapar a las redes de las nuevas leyes de mercado. La cultura es entonces, cuando triunfa la supuesta lógica de la libertad, un producto más a disposición de los nuevos sujetos. Sin embargo, el paso de un sistema a otro necesita de una lucha ideológica donde, de manera transitoria, coexistan ambos sistemas. Estos nuevos tiempos y sus contrariedades dan lugar a que dejemos de pensar en una única modernidad literaria -tal y como el discurso hasta ahora dominante se empeña en imponer- y concebir lo que tradicionalmente se ha denominado modernidad como *modernidades*. O mejor, Miguel Ángel García propone hablar de distintas

ideologías literarias de la modernidad con sus propias contradicciones y simultaneidades. Una modernidad que se llega a decir de muchas maneras desde lo que se denomina post-romanticismo y hasta bien entrado el siglo XX. En palabras del autor: “no se trata de pensar esta cronología generacionalmente (98, 14, 27) sino como una historia de posibles discontinuidades o rupturas, con sus estructuras de historicidad específicas, en lo que se refiere a las ideologías literarias de la modernidad en España” (p. 36).

Sólo un ejercicio crítico ceñido al texto, como el que se nos ofrece, revela lo que en un primer momento puede ignorarse: las causas, las circunstancias y las condiciones que provocan un tipo de discurso determinado -en este caso literario y, por tanto, también ideológico-, además de la lógica interna que le es propia. La realidad que venimos viviendo y que nos hacen vivir no es una realidad natural, ni verdadera o esencial, ni tampoco única, sino una construcción histórica, valga la redundancia, también historizable, pues:

“no hay mayor peso por insensible o ingrátido que nos parezca, que el que portan las ideologías disfrazadas de evidencias empíricas. Pero cualquier ideología es histórica, en tanto que segregada por unas determinadas relaciones de producción, a las que trata de reproducir, manteniendo el desequilibrio clase dominante/clase dominada, y en tanto que vivida en unas relaciones sociales determinadas a fin de lograr, como hemos visto, un efecto histórico de sociedad. No sólo hay que historizar las ideologías, las relaciones sociales, las relaciones de producción. Hay que historizar la Historia” (p. 19).

Las páginas que prosiguen la enjundiosa introducción se detienen en algunos de los momentos más significativos de la modernidad literaria de este país: desde las contradicciones poéticas de Campoamor que inauguran la nueva lírica aún por llegar, a Juan Ramón Jiménez, pasando por la poesía moderna de Gustavo Adolfo Bécquer, la obra de Valle-Inclán o Darío, el modernista por excelencia para la crítica -que no es lo mismo que decir artista evasivo, no comprometido o esteticista-. La preocupación que los intelectuales experimentan por el supuesto porvenir de España, reflejo de la inquietud por la nueva configuración de una idea de identidad de lo nacional, se puede ir leyendo en distintos capítulos del libro. Intelectuales que, viéndose en la necesidad de someter la conciencia e identidad de lo nacional a un riguroso examen, creen encontrar en el recogimiento y la renovación de la tradición el refugio y la solución al supuesto problema de España. La identidad de los ciudadanos del Estado quedará redefinida, tal y como apuntan Azorín, Ganivet, Unamuno o Menéndez Pidal, en torno a una idea esencialista de lo castellano; mientras que la opinión de otros, entre ellos Ortega y Gasset, Antonio Machado, Azaña o Ramón y Cajal, manifiesta la necesidad de una ruptura con el pasado opresor, de la confianza en la innovación para seguir construyendo un presente.

El saber hacer del autor, tanto en la acertada elección de los diferentes momentos históricos en que se detiene, como en la disposición de sus escritos, da lugar a un volumen bien articulado donde se reúnen trabajos inéditos junto con otros ya publicados anteriormente en torno a un único tema: la modernidad. Buen hacer que es apreciable en el resto de su producción científica dedicada, en su mayor parte, a la producción poética de Vicente Aleixandre, el Veintisiete y, recientemente, también a la obra de Francisco de Aldana.

Por estos y otros muchos motivos que ya no pueden ser reseñados aquí -pues hartamente limitado es el espacio que pretendemos ocupar en estas páginas, tal y como decíamos más arriba- no debería pasar desapercibido el cuidado volumen de crítica literaria que se nos ofrece. Y es que el buen hacer es una constante en la producción de este avezado investigador.

Desde la intemperie, a cielo abierto y sin techumbre alguna nos acomodamos para respirar y leer el *aire oneroso*, aire en el que todo lo sólido parece desvanecerse -tal y como apuntó Marx, y dijo Althusser y volvió a decir Berman, entre otros muchos-, atrapándonos sin que lo notemos, aun pesando perturbablemente sobre nuestras cabezas cuando lo atisbamos. Las palabras de García evidencian la forma de explotación propia de las relaciones sociales y de producción capitalistas que asfixian casi sin ser notadas. Y decimos casi porque una nueva lectura de la modernidad literaria española -siempre desde una interpretación marxista de la Historia- nos hará ver cómo la ideología viene naturalizando lo que no es más que histórico para asegurar la reproducción de las relaciones burguesas:

“La presión de la atmósfera se deja caer sobre nuestros hombros y, sin embargo, actuamos como si no cargásemos con nada a costas, como si fuésemos completamente libres y estuviésemos más a salvo que nunca. La interpretación marxista de la Historia, incluida la historia de la literatura, puede ayudar a que seamos conscientes del peso que acarreamos y, siquiera fugazmente, intentemos librarnos de él” (p. 15).

Únicamente es posible entender este inquietante espectáculo si observamos con ojo crítico los textos en su historia, tal y como se hace en el libro, sabiendo previamente que ninguna lectura es inocente. Así, lo que no puede ser visto, lo que se pretende que ignoremos, lo que se ha venido callando, termina contemplándose desde el palco principal que nos brinda el autor con su texto. No sé si todavía nuestro nivel de conciencia nos permitiría participar de esa mezcla, de ese aire oneroso en el que andamos inmersos. Lo que sí sé es que tras la lectura del texto, tal vez nos percatemos del grado de sometimiento al que la sociedad moderna -que es lo mismo que decir burguesa-capitalista- nos tiene acostumbrados. Y entendamos por costumbre también un sutil ejercicio de condena:

“no salimos de la mezcla, no ya porque sea muy difícil escapar, sino porque incluso no sabemos que nos atrapa, que impide y solidifica cualquier posibilidad de movimiento. O dicho aún más claramente: no sabemos que vivimos inconscientemente las relaciones sociales del capitalismo, derivadas de las relaciones de producción capitalista” (p. 14).

Tal y como apunta la cita de Pasolini que abre el texto y con la que ahora acabamos estas palabras, “non è di maggio questa impura aria”. Esta gravosa atmósfera en la que respiramos, esta ideología que vivimos de forma inconsciente, ahora, tras la lectura, será pensada y tal vez sentida de otra manera.